

CUENTO N° 257

TÍTULO: UN ADMIRABLE LOCO AMOR

SEUDÓNIMO: NARRADOR

AUTOR: RAÚL ANTONIO MORENO BARRERA

UN ADMIRABLE LOCO DE AMOR

En casi todos los pueblos, por no decir que en todos, vive un personaje que por su excentricidad o definitiva locura, se hace muy conocido, aun cuando quizá nadie sepa detalles de su vida presente o pasada.

Tal era el caso de don Eusebio, hombre de edad avanzada, con un envidiable estado físico, que empinado en un metro ochenta y tres, diariamente, con puntualidad británica, salía de su hogar a las 9:08 y se dirigía a la Estación de trenes, distante a poco más de dos kilómetros. Caminaba erguido, luciendo un traje impecable, de antigua factura, bajo cuya chaqueta se dejaban ver un chaleco y la brillante leontina dorada de un reloj de bolsillo, tal vez el único que aún existía en toda la comarca. Un bigote “Imperial” entrecano terminado en dos largas puntas que ascendían hacia las mejillas, y unas gafas redondas, imprimían a su rostro un aspecto amable. Coronaba su indumentaria un clásico sombrero “Fedora”.

Los lugareños le apodaban el Conde, y de tanto verle pasar a diario frente a sus casas habían desarrollado un grado de afectuosa simpatía y respeto hacia este personaje, con el cual no tenían más relación que un fugaz y cordial saludo. Sin maldad, les divertía su aspecto, tan diferente al del resto de los hombres del pueblo, y comentaban que el Conde iba a una boda, o bien a batirse a duelo, pero todos sabían que se dirigía a la Estación de trenes. Lo que ignoraban era por qué lo hacía, ni recordaban desde cuando se repetía tan curioso hábito.

En forma inesperada, un día el Conde no salió de su casa, lo cual conmocionó a los vecinos. Fue el comentario generalizado entre ellos.

—Carmelita ¿Vio pasar al Conde?

—No cuñada, pensaba lo mismo. Qué raro, ya debía haber pasado hace rato.

—Y usted compadre ¿ha visto al caballero hoy? —Preguntó al dueño del puesto de menestras, que tomaba el sol en la puerta de su negocio.

—No comadre, hoy día no lo he visto. Harto raro.

Diálogos similares se repitieron a lo largo de todo el camino a la Estación. Incluso en las pocas callejuelas transversales se extendía igual preocupación.

—No vaya a ser que esté enfermo —señaló doña Carmela.

—Parece que vive solo —acotó la cuñada.

—Debe ser cierto —intervino el compadre desde la otra vereda— Porque el Juancho que va todos los viernes a dejarle el pedido semanal, dice que siempre es el caballero el que le recibe la mercadería y le paga. Nunca ha visto a otra persona.

—Avisémosle al matasanos— propuso doña Carmela.

—Yo lo llamo de inmediato —dijo el almacenero, que administraba el único teléfono público del lugar. Y entró al negocio para cumplir lo ofrecido.

El doctor, que vivía en el villorrio cercano, distante más o menos quince kilómetros, no necesitó muchas explicaciones para acceder a visitar al misterioso anciano. También él sentía curiosidad por conocer más detalles de este personaje, del cual sólo sabía que había arribado con su esposa a vivir al lugar hacía cómo tres décadas, y que nunca se relacionó con la gente del pueblo. Además, alguien le comentó que cuando llegaron traían cuatro sirvientes, pero antes del año al parecer se habían ido, igual que la señora, porque no se les vio más.

En la tarde, a eso de las 15:30, terminado su turno en el Policlínico, llegó a la casa del Conde, situada en las afueras, en un terreno no mayor a una hectárea, cercado por una pandereta de poco más de dos metros cincuenta, que se extendía por todo su perímetro. En el frontis, un portón cuyos goznes mostraban la herrumbre del desuso, y una pequeña puerta que sólo abría don Eusebio al salir en la mañana y al volver una hora más tarde, y esporádicamente para recibir algunos encargos, como es el caso de la visita semanal de Juancho, y de un trabajador afuerino que mantenía el jardín y reparaba ocasionales defectos de la casa, pero que no tenía más contacto que el saludo y eventualmente una breve indicación del trabajo a realizar.

Con estos antecedentes en su memoria, el doctor tomó la aldaba que adornaba la puerta

de la casa, y golpeó con fuerza. Esperó un rato prudente y volvió a golpear. Después de unos largos minutos, consideró que debía retirarse. Ya subía al auto cuando la puerta se abrió y asomó don Eusebio. El visitante se acercó y le bastó una primera mirada para darse cuenta que el anciano se encontraba con fiebre.

—Buenas tardes señor —Le saludó

—Buenas tardes joven. ¿En qué le puedo servir?

—Soy el médico del Policlínico, y me avisaron que quizá usted estaba enfermo, porque no lo vieron hoy por la estación.

—Gracias por molestarse hijo, pero no estoy enfermo ni necesito sus servicios.

—Perdone, pero me parece que usted tiene fiebre y alta. Eso es síntoma de alguna enfermedad.

Un par de argumentos más, sumado a que efectivamente don Eusebio se sentía mal, fueron suficientes para que aceptase los servicios que le venían a ofrecer.

Cruzaron el jardín y entraron a la casa, enfrentando un largo corredor, que tenía puertas a ambos lados. La antepenúltima habitación al lado derecho, correspondía al dormitorio principal, amplio e iluminado, meticulosamente ordenado, en que destacaban un fino ropero de tres cuerpos, y la cama, de un ancho superior a dos plazas, con un dosel que alguna vez debió sostener un suntuoso cortinaje, del cual sólo restaban antiguas muestras que cubrían la parte superior.

—Por favor, recuéstese con su camisa abierta —le indicó el doctor, mientras sacaba un estetoscopio desde su desgastado maletín de cuero.

Totalmente entregado, don Eusebio, se sacó el chaleco y desabotonó su camisa, dejando al descubierto parte del envejecido torso y se recostó en la cama. El médico lo examinó concienzudamente, cumpliendo paso a paso su rutina. Con una pequeña linterna le examinó la garganta, del mismo maletín extrajo un tensiómetro y le tomó la presión, controló su pulso, y le hizo algunas preguntas a modo de sucinta anamnesis. Finalmente, emitió su diagnóstico, y

extendió una receta, junto con recomendar reposo. Luego le pidió permiso para pasar al baño, a lo que obviamente el anciano accedió.

—Saliendo al pasillo, la puerta a la derecha —le indicó mientras se vestía.

El doctor, confundió la indicación y abrió la puerta que estaba a la izquierda. Su asombro fue mayúsculo cuando distinguió sobre una alba cama el cuerpo de una dama dormida, más no tardó en darse cuenta que se trataba de un cadáver, muy bien conservado.

Retrocedió aterrado, y su impulso fue salir rápidamente, pero se paralizó al oír a sus espaldas, que era interpelado.

—Nunca he soportado a los fisgones — notoriamente airado don Eusebio, sosteniendo un bate, se acercaba amenazante— es claro que su propósito no ha sido ayudarme en mi enfermedad, sino que investigar respecto de mi vida.

—No señor, está en un error —musitó el médico, tratando de calmarlo mientras pensaba cómo podría escapar de esta peligrosa situación— simplemente sin intención equivoqué sus indicaciones.

—Casualidad o no, usted descubrió un secreto que guardo celosamente por años, y que no estoy dispuesto a revelar.

—No sé —musitó el doctor— en un primer instante creí ver... el cadáver de una dama. Por sus ropas, me parece antiguo, pero extrañamente no se ha descompuesto.

El viejo se aproximó a una distancia suficiente para descargar su furia contra el intruso, cuando quizás por la tensión del momento, la ira o por su estado de salud, le invadió un fuerte ataque de tos, que permitió al médico reaccionar con agilidad y arrebatarse el bate.

—Cálmese don Eusebio, no es mi ánimo entrometerme en su vida, yo sólo he venido con el propósito de asistirle. Lo que usted llama su secreto, créame no es de mi incumbencia.

Abatido el anciano, después del acceso de tos, transformó su furia en una triste sensación de desamparo. Sin atreverse a mirar al doctor, se mantuvo unos minutos en silencio y estático.

Finalmente, murmuró:

—Discúlpeme, reconozco que mi comportamiento ha sido del todo reprochable, pero hijo, ya no doy más. Este secreto que he guardado por largos años, si bien ha reconfortado mi vida, también atenaza mi alma. Necesito compartirlo, salir de esta soledad que me abrumba— su voz ya sonaba tranquila— acompañeme y le explicaré todo.

El doctor siguió a don Eusebio hasta una de las primeras puertas del largo pasillo, que correspondía a un salón de obsoleta elegancia. Ambos se sentaron en unos confortables sillones y el anciano inició su relato.

—Ha pasado tanto tiempo que creo le hará bien a mi espíritu compartir con alguien esta historia guardada celosamente toda una vida.

—Gracias por la confianza que deposita en mí —tartamudeó nervioso el visitante.

—Lo que usted vio efectivamente es el cadáver de mi mujer —al escuchar esto, el médico palideció— y se conserva así porque está embalsamado.

Mudo, el doctor no movía un músculo, totalmente alerta a la evolución del momento.

—Debo aclararle dos cosas para su tranquilidad. María Asunción, así se llamaba mi esposa, falleció de una enfermedad natural, que por lo demás fue la razón por la que volvimos al país después de muchos exitosos años en el extranjero, y nos radicamos en esta zona apartada.

—¿Pero no debieron quedarse en un lugar con mejor asistencia médica? ¿Donde vivían en el extranjero?

—Tuvo la mejor asistencia médica, en Estados Unidos, donde vivíamos, pero los diagnósticos indicaban que su enfermedad era incurable y de rápida evolución. Sólo quedaba ofrecerle paliativos, necesarios para experimentar una muerte digna, que es lo que le pude entregar, como ofrenda del amor que nos profesábamos desde el día en que nos conocimos, más aún, corrijo, el amor profundo que mantenemos hasta el día de hoy —señaló con segura convicción el anciano— Lo segundo que debe usted saber para entender las circunstancias, es que yo en Estados Unidos trabajaba como taxidermista, o sea momificaba animales, y también con mucha frecuencia personas acaudaladas. Por eso no tuve dificultad en aplicar mis conocimientos en el

cadáver de mi esposa, y lo hice para mantenerla junto a mí por el resto de mis días. Han pasado cerca de treinta años. Diariamente, antes de ir a dormir, me siento a los pies de su cama y le reitero mi amor, le pido consejos, le cuento lo que fue mi día, y le reprochó haberme abandonado.

—Don Eusebio, lo que me cuenta es admirable. Tanta devoción, pero es ilegal.

—Siempre lo supe, por eso, el día que ella falleció despedí al personal que nos prestaba servicios en la casa y lo mandé de vuelta a la Capital. El auto lo guardé en el garaje, que nunca más he abierto. A la semana siguiente se me ocurrió que debía ir con mis mejores ropas a esperarla a la estación, de modo que a nadie le extrañase su ausencia.

—Pero usted... entiendo sigue yendo todos los días a la estación.

—Es que en un primer momento fue una coartada para que nadie quisiera ponerse a investigar el paradero de mi esposa, pero por esas cosas de la mente que no podría explicar, se convirtió en un ilógico consuelo. Me autoconvencía de que ella iba a volver en el tren, además me divierte que las bondadosas personas del pueblo me consideren entre loco y excéntrico. Eso me ha permitido mantenerles alejados de cualquier intento por querer ganar mi confianza y así no exponerme a establecer relaciones indiscretas de amistad. Le repito, me acomoda jugar el papel de loco.

—Un admirable loco de amor.

—Gracias por escucharme, y al parecer, entenderme. Comprendo cuál es su responsabilidad en estos momentos, así es que estoy dispuesto a enfrentar la mía. La comedia ha terminado, abajo el telón.
